

G. A. M.

## DIRECTISIMA A LA CARA SUR DEL TOZAL DEL MALLO

POR LUIS MARIA SAENZ DE OLAZAGUTIA

*Esa piedra de enfrente de «casa Viú».*

Estábamos en las gradas de Soaso, cuando nos alcanzaron unos muleros con sus animales cargados de pertrechos, camino de Góriz.

Fue a primeros de agosto del año pasado. Iban al campamento internacional de Góriz. Poco antes y más abajo, vacías sus acémilas nos habían ofrecido sus servicios, hubo consulta de precios y Rosen les contestó que por aquel dinero se subía él al mulo encima hasta el refugio mismo. Ahora la conversación es otra, a dónde vamos, de dónde somos, qué vamos a hacer.

—¡Ah! Sois escaladores.

—...

—Ya os habéis subido a «esa piedra de enfrente de casa Viú».

Cortamos el interrogatorio de los muleros para meternos en los sacos. Al despertar sobre el prado de Ordesa la primera mirada es para nuestro cercano objetivo. La luna lo platea y su luz hace casi indefinible a las tres de la madrugada su marcada silueta tan atractiva a los ojos de los turistas.

Desayuno rápido, corto preparativo, casi todo estaba previsto desde anoche. Comenzamos a marchar a la luz de la linterna por el marcado sendero. Arriba hay estrellas, están preparándonos un buen día, todavía todo está dormido y el bramir del río queda para mí como ronquido continuo y grave de este valle que aún sueña.

Enseguida sudamos. Por fin a nosotros también nos llega la luz de la luna, en el valle ignorada, que es una ayuda para nuestro caminar.

Un torrente corre a nuestra izquierda, luego no se oye, más tarde al cruzarlo nos refrescamos y cogemos agua para todo el día, un litro para cuatro.

Bordeando el espolón de la base de la pared, descendemos algo y luego volvemos a ascender, hasta el comienzo de la directísima del Tozal.

El alba ha forzado ya las sombras nocturnas, pero los techos quedarán negros para todo el día, su aspecto es repelente, pero nuestra ambición es superarlos.

Progresamos por un terreno colgado del aire y cuya base parece descansar en el vacío. La escalada es atlética, la moral más alta que la pared, y en vez de disminuir con el aumento de la dificultad se agranda a medida que ascendemos.

El obstáculo es una piedra empotrada de grandes dimensiones que sobresale de la pared, uno se agarra a la parte más alta de la piedra y a brazo, con el único sostén en las yemas de los dedos, la pone bajo sus pies, luego otra, y otra. No hay palabras apenas, como si fuera la hora del postre preferido de cada uno. Siempre hacia la izquierda haciendo aumentar el desnivel. De este modo al cabo de dos horas y media estamos todos en la mitad de la pared.

Aquí el cambio es radical, de libre a artificial, lo vertical se estraploma, los saludables agarres se transforman en frágiles clavijas, el ritmo pasa de rápido a desesperadamente lento. Hasta aquí la pared era conocida (Julio ya había hecho con Rosen esta primera parte) desde aquí es ignorada por todos nosotros.

De momento descansamos y comemos en esta gran terraza que divide en dos mitades los 400 metros de Tozal. El Arlas está hecho de hilos de plata como río de Nacimiento, a los picos que quedan a nuestra derecha aún los adorna la nieve, al fondo del bonito valle los excursionistas saliendo de sus vehículos son puntos animados de movimiento.

Comienza de nuevo el ataque y José Mari se esfuerza en una corta chimenea, bordear un techo después y superar una fisura al final; todo está despitado, me recreo con su progresión aérea. Le sigue Julio. Ya estábamos preparados Pepito y yo, y cuando voy a salir veo con horror como se va un taco y con él vuela Julio. Apenas si han sido cuatro metros. Me pongo a considerar mi situación, de primero de la segunda cordada y veo que la ascensión se me va; de tres tacos que había, uno se ha ido y otro está suelto. Los dos necesarios para bordear horizontalmente el techo. Me echan una cuerda los de arriba y paso encomendándome a todos los santos, tras clavar muy precariamente el taco suelto. Ya empezaba a quitar el miedo cuando un poco más arriba salta otro taco siendo yo el que por un instante vuela. Todo este largo, Pepito, lo encuentra más difícil que nosotros, pues lo hemos ido agravando con nuestro paso.

Cuando estamos todos juntos otra vez son las dos, han sido cinco horas para treinta y cinco metros.

Otra vez se va la primera cordada. Pepito se entretiene hablando con un pájaro que ha visto. Cuando le pregunto si se tramará la cuerda al dejarla caer, se ríe de mí porque, aunque yo no lo aprecio, él la ve separada varios metros de la pared estraplomada. En nuestra espera nos da el sueño y cuando dejo a Pepito sólo, se queda chupando un gol del domingo pasado, que tenía en el bolsillo.

Julio mira un paso, lo aborda y es repelido, se santigua y lo pasa. Vaya hueso pienso yo, pero él, optimista, intercala bufidos en los pasos con los golpes de martillo o alegres gritos al llegar a una nueva reunión, aunque ésta no sea tan segura como nos apeteciera.

El sexto grado es mantenido y la roca mala, sin embargo estoy plenamente seguro de nuestra victoria, sencillamente porque no veo posibilidad alguna de retirada. Por mal que se pongan las cosas, la mejor salida es por la cumbre.

Las clavijas no cantan, es igual darles cinco que cuarenta golpes y para dejarlas inseguras es mejor no ponerlas.

Las chimeneas son la característica principal del Tozal, por la que va progresando Julio es para él deliciosa, para Régil algo ancha, Pepito no llega casi y yo subo disfrutando.

Un gran techo que se destaca desde Ordesa es bordeado por su derecha sin dejar de impresionarnos. A Régil se le hace la boca agua viendo como estrujamos unas naranjas debajo del techo. Se va Pepito y cuando tiene dominado este colosal obstáculo, se le cae el martillo, cuya trayectoria sigo con la vista, comprobando como se va alejando metros y metros de la pared, hasta llegar abajo bastante separado de la base.

Julio llama nuestra atención, está más arriba sobre un estribo, virtualmente colgado del vacío su único contacto con la pared es un pedacito de hierro, me parece verlo en la parte exterior de un balcón de varios metros de volado.

Un largo de cuerda muy expuesto, por unas chimeneas voladas nos deja a pocos metros de la cumbre sobre una gran terraza. Por fin un ¡ya estoy! me inunda de alegría y hace que desde ahora los minutos se me alarguen.

En la cima hay buen humor, hay edelwis y buena vista, también hay cansancio y sobre todo prisa, son las ocho y nos costará bastante bajar.

Llevamos gozosos una nueva aventura y con ésta un nuevo mundo de recuerdos gratos.

Ya abajo, la cena se condimenta con el repaso de la vía en alegre tertulia, luego descansamos.

En el dulce despertar del día siguiente, dejamos que el sol acaricie nuestros sacos, mientras dos pájaros nos ofrecen su simpár sinfonía. Nos vamos a lavar un poco al río, luego a dar una vuelta, paseamos con una postal en la mano y se nos acerca una turista preguntándonos si ayer estuvimos en la cascada de Soaso, sonreimos los cuatro y le señalamos sobre la postal donde pasamos el día anterior, pero ella no nos entiende.

Ascensión realizada el día 28 de junio por José Mari Régil de Bilbao, Julio Villar de San Sebastián y José Santos (Pepito) y Luis María Saenz de Olazagutia, de la Excursionista Manuel Iradier de Vitoria. Todos de la E. N. A. M.